

LEER **OO** EN **B**ICICLETA

PÁGINAS DE ANIMACIÓN A LA LECTURA

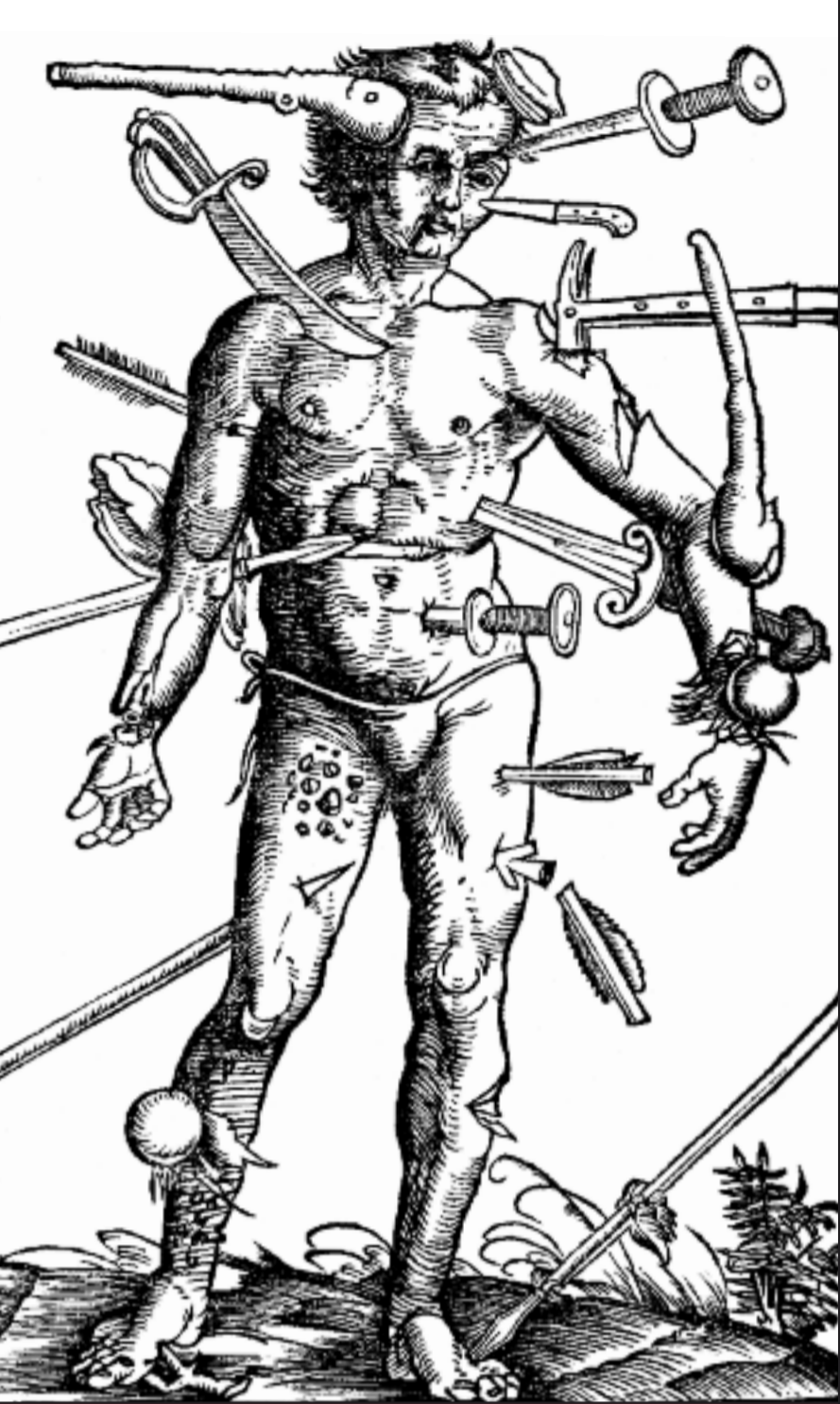
FOTO: ANDREAS FEININGER

—A nadie veo en el camino —dijo Alicia.

—Me gustaría tener esos ojos— observó el rey en tono malhumorado—
¡Ser capaz de ver a nadie! ¡Y a esa distancia, además! ¡Si esto es lo más
que puedo hacer por ver a la gente de verdad, con esta luz!

Lewis Carroll, Alicia a Través del Espejo.





EL PESO DE LA LEY

MICHEL
FOUCAULT

(París, 1926-1984)

Tomado de: Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI editores, México, 1976.

Damiens fue condenado, el 2 de marzo de 1757, a “pública retractación ante la puerta principal de la Iglesia de París”, adonde debía ser “llevado y conducido en una carreta, desnudo, en camisa, con un hacha de cera encendida de dos libras de peso en la mano”; después, “en dicha carreta, a la plaza de Grève, y sobre un cadalso que allí habrá sido levantado [deberán serle] atenaceadas las tetillas, brazos, muslos y pantorrillas, y su mano derecha, asido en ésta el cuchillo con que cometió dicho parricidio, quemada con fuego de azufre, y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez resina ardiente, cera y azufre fundidos juntamente, y a continuación, su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas y sus cenizas arrojadas al viento”. “Finalmente, se le descuartizó, refiere la Gazette d’Amsterdam. Esta última operación fue muy larga, porque los caballos que se utilizaban no estaban acostumbrados a tirar; de suerte que en lugar de cuatro, hubo que poner seis, y no bastando aún esto, fue forzoso para desmembrar los muslos del desdichado, cortarle los nervios y romperle a hachazos las coyunturas... “Aseguran que aunque siempre fue un gran maldiciente, no dejó escapar blasfemia alguna; tan sólo los extremados dolores le hacían proferir horribles gritos y a menudo repetía: ‘Dios mío, tened piedad de mí; Jesús, socorredme.’ Todos los espectadores quedaron edificadas de la solicitud del párroco de Saint-Paul, que a pesar de su avanzada edad, no dejaba pasar momento alguno sin consolar al paciente.” Y el exento Bouton: “Se encendió el azufre, pero el fuego era tan pobre que sólo la piel de la parte superior de la mano quedó no más que un poco dañada. A continuación, un ayudante, arremangado por encima de los codos, tomó unas tenazas de acero hechas para el caso, largas de un pie y medio aproximadamente, y le atenaceó primero la pantorrilla de la pierna derecha, después el muslo, de ahí pasó a las dos mallas del brazo derecho, y a continuación a las tetillas. A este oficial, aunque fuerte y robusto, le costó mucho trabajo arrancar los trozos de carne que tomaba con las tenazas dos y tres veces del mismo lado, retorciendo, y lo que sacaba en cada porción dejaba una llaga del tamaño de un escudo de seis libras. “Después de estos atenaceamientos, Damiens, que gritaba mucho aunque sin maldecir, levantaba la cabeza y se miraba. El mismo atenaceador tomó con una cuchara de hierro del caldero mezcla hirviendo, la cual vertió en abundancia sobre cada llaga. A continuación, ataron con soguillas las cuerdas destinadas al tiro de los caballos, y después se amarraron aquéllas a cada miembro a lo largo de los muslos, piernas y brazos.





LECTURAS

La naturaleza y los hombres no ocuparon nunca en mi espíritu un espacio tan grande como los libros y las ideas, y esta supremacía, que ya se afirmaba en la escuela, siguió manteniéndose durante toda mi juventud. A pesar de haber nacido en el campo, no sentía la naturaleza. Pasaron muchos años antes de que naciese en mí el interés y la inteligencia hacia ella, vencida ya la infancia y la primera parte de la mocedad. Durante muchos años, los hombres desfilaban por mi conciencia como sombras sin rumbo. Mis miradas se concentraban en mi interior y en los libros, de cuyas páginas sólo se alzaba nuevamente el problema de mi vida y de mi porvenir.

Mis lecturas datan del año 1887, en que Moisés Filipovich se presentó en lanovka con un paquete de libros, entre los cuales estaban los cuentos populares de Tolstoy. Al principio, el ahondar en la lectura tenía más de fatigoso que de divertido. Cada nuevo libro presentaba nuevos problemas: palabras ignoradas, relaciones ininteligibles, los vagos contornos que separan al mundo de la realidad del mundo de la fantasía. Las más de las veces, no tenía nadie a quien dirigirme para que me aclarase las dudas. Me enredaba todo, volvía a comenzar, lo dejaba de nuevo para volver otra vez al ataque, y en estas vicisitudes, la alegría turbia del conocimiento se mezclaba con el miedo misterioso a lo desconocido. Mis lecturas de aquellos años eran algo así —no encuentro nada mejor a qué compararlas— como los viajes nocturnos por las estepas: crujir de las ruedas, voces que se cruzan, resplandor de las hogueras rompiendo las tinieblas al borde del camino, todo en una mezcla extraña de intimidad y de misterio, en que no se sabe qué ocurre ni quién es el viajero que pasa, ni hacia dónde se encamina, pues apenas si uno mismo sabe hacia dónde va. [...]

En Odesa, la selección de las lecturas era incomparablemente más nutrida, y la dirección más amable también y más inteligente. Me entregué a los libros con ardor. A la hora del paseo, tenían que arrancarme a viva fuerza. Por el camino iba viviendo lo leído, para retornar al libro a la vuelta. Por las noches, antes de acostarme, suplicaba que me dejaran otro cuarto de hora, o por lo menos cinco minutos más, hasta acabar el capítulo empezado. No había noche en que no nos debatiésemos sobre el tema.

El anhelo de ver, de saber, de abarcarlo todo, que empezaba a despertarse en mí, buscaba un escape en aquella ansia devoradora de letra impresa, con las manos y los labios infantiles se lanzaban al torrente de las palabras. Todo lo que luego en la vida había de ofrecerme la experiencia de interés o de entusiasmo, de alegrías o de tristezas, contentase ya en las emociones de aquellas lecturas, como en sombra o en promesa, a modo de acuarela o dibujo abocetado.

Las horas, o mejor dicho medias horas, de lectura en voz alta durante las veladas en Odesa entre el término de la jornada y el sueño, fueron las más hermosas de mi infancia. Mi primo nos leía generalmente a Puskin o Nekrasof, con preferencia a éste. Pero llegaba la hora reglamentaria y Fany decía:

—Es hora de irse a la cama, Liovuska.

Yo la miraba con ojos suplicantes.

—Hay que ir a acostarse, mocito —refrendaba el jefe de la casa.

—¡Otros cinco minutos nada más!— imprecaba yo.

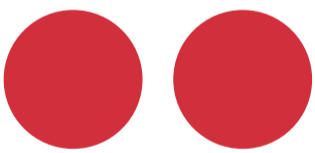
Me los concedían. Luego, me despedía de los dos con un beso y me iba a la cama, seguro de que lo mismo hubiera podido seguir escuchando toda la noche, para caer dormido como una piedra apenas posaba la cabeza en la almohada.

LEÓN TROTSKY

(Ucrania 1879-México 1940)

Fragmento del libro de Trotsky: *Mi vida: memorias de un revolucionario permanente*, Editorial Debate, Madrid, 2005.

ORIENTACIÓN VOCACIONAL



PÍO BAROJA

Fragmento de la novela de Pío Baroja: *La busca*, Editorial Salvat, España, 1971.

M

i Padre era un hombre original.

Digo era, porque no teniendo noticias tuyas desde hace cinco años en que fue a explorar el Amazonas con su amigo Diz, supongo que habrá muerto. Era, como digo, mi padre hombre original, de estos que se empeñan en ir contra la corriente.

Una vez, paseando los dos por la Moncloa, me decía:

—Toda situación natural, social o política del hombre y de los animales es un punto de una circunferencia, con un punto próximo más alto y otro más bajo, o, si te parece mejor, con uno a la derecha y otro a la izquierda. Un ejemplo: las hierbas se alimentan de la tierra; a las hierbas se las comen los pulgones; a los pulgones, las hormigas; a las hormigas, las gallinas; a las gallinas, los hombres; a los hombres, las mujeres, y a todos, la tierra; y de la tierra vuelven a alimentarse las hierbas... Ese que yo imagino, aunque no sea exacto del todo, es un círculo, y en cualquier sentido que mires todos son círculos...¿Qué consecuencias sacas tú de esto?

—¡Hombre! Que cuanto más arriba se esté en el círculo se encontrará uno mejor.

Mi padre, que quería hacer una deducción estoica, me miró atentamente y se calló con su natural estoicismo.

Mi padre, como he dicho antes, tenía ideas distintas de la generalidad; creía, por ejemplo, que un hombre, para llegar a ser buen médico, debía empezar de enfermero; un arquitecto, de albañil; un militar, de soldado, y un cura, de monaguillo.

Cuando terminé yo el bachillerato, el bueno de mi Padre me miró muy serio y me dijo:

—Has estudiado una porción de cosas que no te servirán para nada. Piensa en lo que te puede gustar, explora tus inclinaciones. Vas a venir conmigo durante unos días, y ya me dirás lo que te agrada más de lo que vayas viendo.

El primer día fuimos a una fundición, vimos una máquina de vapor con unas bolas que giraban rápidamente, unos hornos, una coque sin fin que se deslizaba cerca del techo silbando...

—¿Te gustaría estar aquí? —me preguntó mi Padre.

—No, papá, no me gustaría nada —le contesté yo.

A los dos o tres días, mi padre me llevó a San Carlos, vi la sala de disección con sus mesas blancas de mármol, sobre las cuales había piernas y brazos de persona. Aquello me dio frío. Luego fuimos a un laboratorio en donde había un señor muy delgado, muy negro, de muy mal humor, revolviendo con una varilla de cristal en una especie de cacerola, que Dios me perdone si no creo que estaba llena de gargajos.

—Esto me gusta menos —dije, medio mareado.

—Los días posteriores vimos una serrería, varios almacenes, y toda clase de fábricas y de establecimientos.

Viendo que no me gustaba lo que veía, mi padre me dijo con tono fúnebre:

—Mira, ya que no sirves para nada, estudia para abogado.

Lo hice así y, gracias a las recomendaciones de mi tío el ex ministro, pude ir saliendo adelante en los exámenes. Tomé el título y en la primera defensa que hice comprendí que no servía para el foro; se me secaba la garganta y no podía vociferar lo necesario para que los señores de las sayas y del birrete se interesasen en lo que les decía.

Pensando y pensando entonces en lo triste que es no tener dinero y no servir, además, para nada, se me figuró que quizás sirviera para literato.

—¿Qué te parece, papá?

—Bien —contestó mi padre, encogiéndose de hombros—. Es, indudablemente, la profesión donde hay más idiotas. Por poco listo que seas, yo creo que algo harás. Siempre es más fácil hacer una mala novela o un mal drama que una mala cerradura.

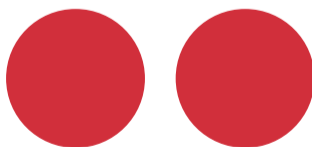
L

os jurisconsultos pretenden el primer lugar entre los doctos, y no hay quien esté más satisfecho de sí como ellos. Como nuevos Sísifos, ruedan su piedra sin descanso, amontonando leyes sobre leyes, glosas sobre glosas y opiniones sobre opiniones acerca de toda clase de asuntos. Procuran que parezca su ciencia la más difícil de todas, pues creen que un asunto tiene más mérito cuanto más intrincado es.

Se parecen a los dialécticos y los sofistas, que son más ruidosos que los calderos de Dodona y puede cualquiera de ellos hacer callar a veinte comadres escogidas. Podría perdonárseles su charlatanería si no fuesen tan pendencieros, hasta el punto de que por una insignificancia se enredan en una trifulca, y mientras están ocupados en ella, la verdad se les escapa. Sin embargo, su amor propio los hace dichosos; armados de dos o tres silogismos se lanzan a descomunales batallas y es tanta su terquedad que siempre se salen con la suya, pues son capaces de vencer al mismo Esténtor.



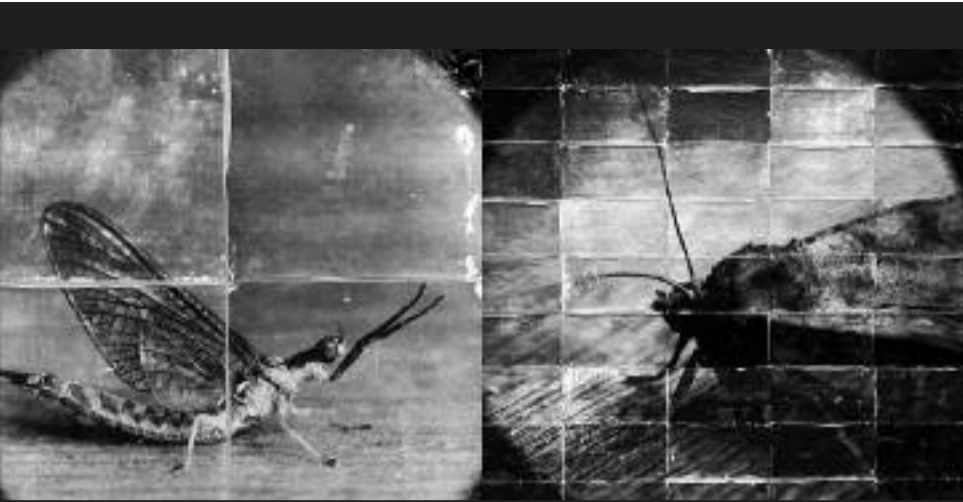
JURISCONSULTOS



ERASMO DE ROTTERDAM

(1469-1536)

Tomado del libro de Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 2007.



NIGHTPICE

NOCTURNO

Gaunt in gloom,

Demacradas en la oscuridad,

The pale stars their torches,

las pálidas estrellas sus antorchas

Enshrouded, wave.

amortajadas ondulan.

Ghostfires from heaven's far verges faint illumine,

*Fuegos fantasmales del lejano lindero del cielo iluminan
tenues,*

Arches on soaring arches,

arcos sobre elevados arcos.

Night's dark nave.

La noche, nave oscura de pecado.

Seraphim,

Serafín,

The lost hosts awaken

despiertos los perdidos anfitriones

To service till

servirán hasta que

In moonless gloom each lapses muted, dim,

en la penumbra sin luna cada uno pase mudo, mortecino

Raised when she has and shaken

levantándose cuando ella haya agitado

Her thurible.

su incensario.

And long and loud,

Y larga y alta

To night's nave upsoaring,

la nave nocturna se encumbra.

A starknell tolls

Una estrella dobla fúnebre

As the bleak incense surges, cloud on cloud,

mientras el solitario incienso surge nube sobre nube.

Voidward from the adoring

custodiado por el vacío desde el reverenciado

Waste of souls.

derroche de las almas.

JAMES JOYCE

(Dublín, 1882 - Zurich, 1941)

Para leer: James Joyce, *Poemas Manzanas*, Visor Libros, Madrid, 1986.



CONTEMPLAR ESTRELLAS

El mero contemplador de estrellas, aunque no tenga necesariamente que ser indiferente a lo que ocurre en su interior, a los átomos y a los componentes de los átomos con que se deleitan los astrónomos modernos, conserva ese amor, ese gusto por el aspecto del cielo estrellado que ha poseído al hombre desde que se elevó a la dignidad de humano, y tal vez haya sido la causa de que la haya alcanzado. Mientras las contempla, puede sentir todavía la alegría del pastor homérico, la veneración de egipcios y caldeos, la curiosidad de los primeros matemáticos. La centelleante Sirio, amada, nombrada y estudiada por hombres que vivieron hace cinco mil años, es todavía más atractiva para él, inclusive, que su compañera recientemente descubierta, una enana blanca, que, a simple vista, ningún ojo humano ha visto ni verá jamás. Y cuando se trata de averiguar el desarrollo de la antigua astronomía, el contemplador de estrellas tiene una clara ventaja sobre el astrónomo que no lo sea. Porque los primeros astrónomos fueron contempladores, sin que importe en lo que se hayan convertido sus sucesores.

EDMOND JAMES WEBB

(Cambridge, 1852 - St. Briavel, 1945)

Tomado de: E. J. Webb, *Los nombres de las estrellas*,
Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1982.





LUZ

[...] Si el Señor, Luz de todas las cosas, se digna iluminarme, trataré de la luz.

* * *

De entre todos los estudios de las causas y razones naturales, más deleita la luz a los contempladores.

* * *

Aquí, en el ojo, las formas, los colores, los rasgos de todo el universo se reducen a un punto; pero ¡qué punto tan maravilloso! ¡Oh admirable, magnífica necesidad, por tu ley obligas a que participen de sus causas por el camino más breve de todos! Tales son los milagros verdaderos... ¡Que en un espacio tan mínimo pueda recomponerse y renacer su extensión!

Describe, en tu anatomía, la relación que guardan entre sí todas las esferas del ojo y sus diámetros y la distancia que los separa de la esfera cristalina."

* * *

De los diez atributos del ojo que conciernen a la pintura.

La pintura comprende los diez atributos todos del ojo: a saber, tinieblas, luz, cuerpo y color; forma y posición, lejanía, proximidad, movimiento y reposo.

* * *

Si el ojo ha de ver un cuerpo harto próximo, no lo podrá bien juzgar; así le ocurre a quien pretende verse la punta de la nariz. Por esta razón, y como regla general, la naturaleza nos enseña que un objeto nunca será perfectamente visto si el intervalo entre el ojo y ese objeto no es, al menos, parejo al tamaño del rostro.

* * *

Tanto decrece la pupila del ojo, cuanto crece la luz que en ella se refleja.

Tanto crece la pupila del ojo cuanto decrece la claridad del día o de otra luz que en ella se refleje.

Tanto más nítidamente ve y conoce el ojo los objetos de su visión, tanto más se dilata la pupila. Esto probaremos por medio de

los animales nocturnos, así los gatos y ciertas aves, como el búho y algunas semejantes, cuya pupila varía grandemente por efecto de la luz y las tinieblas.

Al aire libre y en una atmósfera luminosa, el ojo ve tinieblas tras las ventanas de las casas iluminadas.

En un lugar umbroso todos los colores parecen de una idéntica oscuridad.

Pero en un lugar luminoso los colores en nada varían de su esencia.

* * *

Si ambos ojos dirigen sobre el objeto la pirámide visual, ese objeto será visto y comprendido por los tales ojos sin confusión.

* * *

Objetos vistos por un mismo ojo parecerán ya grandes, ya pequeños.

* * *

¿Por qué cuando el ojo ha visto la luz un lugar en penumbra la parece tenebroso y, sin embargo, tras salir de las tinieblas, esa misma semipenumbra la parece deslumbrante?

* * *

Sombra es carencia de luz y mera obstrucción de los rayos luminosos por los cuerpos densos. La sombra es de la naturaleza de las tinieblas. La luz es de la naturaleza de la claridad. La una oculta, la otra revela. Siempre están unidas a los cuerpos en mutua compañía. Pero la sombra es más poderosa que la luz, puesto que niega y priva por entero a los cuerpos de la luz, en tanto que la luz no puede expulsar toda sombra de los cuerpos, esto es, de los cuerpos densos.

* * *

Sombra simple es la que ignora toda luz.

Sombra compuesta es la alumbrada por una o más luces.

* * *

Luz es la que desaloja las tinieblas; sombra es la carencia de luz; luz primitiva es la que se encarga de iluminar los cuerpos sombríos; luces derivativas son aquellas partes de un cuerpo iluminadas por la primera. Sombra primitiva es aquella parte de los cuerpos que no puede ser vista por la luz. Sombra derivativa es la mera proyección de los rayos sombríos.

La concurrencia de sombra y luz es la suma de los rayos que, desde un cuerpo sombrío o luminoso, se difunden por el aire sin interferirse. Interferencia sombría y luminosa es la que impide y corta sobre sí la concurrencia de los rayos sombríos y luminosos.

Y mejor distinguirá las figuras de los cuerpos aquel ojo que esté situado entre las partes sombrías y las luminosas.

LEONARDO DA VINCI

(Vinci, 1542 - Clos Lucé, 1519)

Tomado de: Leonardo da Vinci, *Tratado de pintura*, Editora Nacional, Madrid, 1982.

FOTO: LUCIEN CLERGUE



SONETO 43

Entre más se cierran mis ojos mejor pueden ver, pues todo el día ven cosas sin sentido pero; cuando duermo, en sueños te miran y, brillando en la oscuridad brillan y me guían en las tinieblas.

Entonces tú, cuya sombra ilumina a las sombras, ¿cómo podría tu sombra crear un feliz espectáculo que aclarara la clara luz del día, cuando los ojos que no ven brillan de tal manera con tu sombra?

¿Cómo podría, (digo), que bendijeran mis ojos al contemplarte en pleno día, si en la mortal noche, la belleza de tu sombra imperfecta permanece a través del pesado sueño en unos ojos que no ven?

Todos los días son noches para mi vista hasta que te veo, y las noches son brillantes días, cuando en sueños te muestran.

WILLIAM SHAKESPEARE

(Stratford-upon-Avon, 1564-1616)

Tomado de: *Los sonetos de Shakespeare*,
versión de Martín Casillas, El Globo Rojo, México, 2006.



EL GEN EGOISTA

Las máquinas de supervivencia pertenecientes a las mismas especies tienden a intervenir más directamente en la vida de las demás. Ello se debe a diversas razones. Una de ellas es que la mitad de la población de la propia especie son compañeros potenciales, así como también padres potenciales y trabajadores explotables para sus hijos. Otra razón es que los miembros de la misma especie, al ser muy similares entre sí, siendo máquinas para preservar genes en el mismo tipo de lugar, con la misma forma de vida, son, especialmente, competidores directos de todos los recursos necesarios para la vida. Para un mirlo, un topo puede ser un competidor, pero no es ni remotamente tan importante como otro mirlo. Los topes y los mirlos pueden competir por los gusanos, pero los mirlos entre sí compiten por los gusanos y todo lo demás. Si son miembros del mismo sexo, pueden también competir por sus parejas sexuales. Por razones que veremos más adelante, normalmente los machos son los que compiten entre sí por las hembras. Ello significa que un macho puede beneficiar a sus propios genes si efectúa algo dañino a otro macho con el cual se encuentra compitiendo.

La política lógica para una máquina de supervivencia podría ser, en apariencia, asesinar a sus rivales y luego, de manera preferente, comérselos. Aun cuando el asesinato y el canibalismo ocurren en la naturaleza, no son tan comunes como una interpretación ingenua de la teoría relativa al egoísmo de los genes podría predecir. En realidad, Konrad Lorenz, en su libro *Sobre la agresión*, subraya el carácter restringido y caballeroso de la lucha animal. Para él el hecho notable de las luchas entre animales es que son torneos formales reñidos según reglas precisas, como las que rigen en el boxeo o en la esgrima. Los animales pelean con los puños enguantados y con los floretes despuntados. Las amenazas y la fanfarronada reemplazan a la intensidad mortal. Los gestos de rendición son reconocidos por los vencedores, quienes se abstienen de asestar el golpe o el mordisco mortal que nuestra ingenua teoría podría esperar.

Esta interpretación de la agresión animal, de cualidades restringidas y formales, puede ser discutida. En especial, es ciertamente un error condenar al pobre *Homo sapiens* como perteneciente a la única especie que mata a sus propios congéneres, como el único heredero de la marca de Caín, y otros cargos similares melodramáticos. El hecho de que un naturalista acentúe la violencia o la moderación en las agresiones animales depende, en cierta medida, de las especies de animales que él suele observar, y en parte, de las ideas preconcebidas que tenga sobre la evolución —Lorenz, después de todo, es partidario de la teoría del «bien de las especies». Aun si ha sido exagerado, el punto de vista de las luchas entre animales con los puños enguantados parece implicar, por lo menos, algo de verdad. Superficialmente aparenta ser un tipo de altruismo. La teoría del gen egoísta debe afrontar la difícil tarea de dar una explicación. ¿A qué se debe que los animales no intenten matar a los miembros rivales en todas las oportunidades posibles?

La respuesta general a este problema es que existen costos, así como beneficios, derivados de una belicosidad declarada, para no considerar sólo los costos obvios en tiempo y energía. Por ejemplo, supongamos que tanto *B* como *C* son mis rivales, y, por casualidad, me encuentro con *B*. Podría parecer un acto prudente de mi parte, en mi calidad de individuo egoísta, tratar de matar a *B*. Pero, pensemos un momento. También *C* es mi rival, y *C* es también el rival de *B*. Al matar a *B* le estoy haciendo, potencialmente, un favor a *C* ya que elimino a uno de sus rivales. Quizá sería mejor dejar a *B* con vida, pues entonces él podría competir o luchar con *C* beneficiándome a mí indirectamente. La moraleja que se desprende de este simple e hipotético ejemplo es que no existe un mérito obvio en tratar de matar, de forma indiscriminada, a los rivales. En un amplio y complejo sistema de rivalidades, eliminar a un rival de la escena no representa, necesariamente, un beneficio: es posible que otros rivales se beneficien con su muerte más que uno mismo. Este es el tipo de dura lección que han tenido que aprender los funcionarios encargados del control de las plagas. Se presenta una plaga agrícola seria, se descubre una buena forma de exterminarla y alegremente se actúa en concordancia, sólo para descubrir que otra plaga se beneficia con la exterminación más que el agricultor, quien termina peor que antes.

RICHARD DAWKINS

Tomado de: Richard Dawkins, *El gen egoísta, Las bases biológicas de nuestra conducta*, Salvat Editores, Barcelona, 1993.



MALESTAR

Cuando la voluntad de vivir se manifiesta en el mundo [...], se divide en una innumerable cantidad de cosas que se devoran mutuamente para vivir. El perro devora al gato, el gato al ratón, etcétera.

El gran mérito de Schopenhauer consiste en haber encontrado algo tan decisivo como esto: la muerte, el dolor y la guerra eterna con que cada ser ha de habérselas para sobrevivir.

Siempre he considerado que la filosofía no debe ser intelectual sino algo que arranque de nuestra sensibilidad. Por ejemplo, para mí, el solo hecho de que soy consciente de la existencia de un árbol no tiene importancia hasta el momento en que éste me procura placer o dolor. Sólo así se hace importante. [...]

Nos encontramos en un mundo absolutamente trágico. Se dice de Schopenhauer que es un pesimista. ¡Eso es decir demasiado poco! Es al mismo tiempo una visión grandiosa y trágica que coincide, ¡ay!, perfectamente con la realidad. [...] la naturaleza no se preocupa de los individuos, sino de la especie. Millones de hormigas tienen que morir para engendrar la especie. De igual forma, si un hombre se sacrifica en una batalla, es también por el mismo motivo. En fin, Schopenhauer era un misógino furioso por la sencilla razón de que la mujer se encarga de la prolongación de la especie. Decía que tampoco en el amor puede existir la felicidad personal, porque el individuo queda sacrificado a la especie. Resulta muy emotiva la atención con la que el joven contempla a una muchacha y viceversa. Solamente quieren saber si podrán tener hijos «de buena calidad».

En el sexo opuesto uno busca a su contrario: nariz grande, nariz pequeña, etcétera. El hombre no puede llegar a la felicidad individual. Su voluntad de vivir le obliga a devorar a los demás o a ser devorado por ellos. En consecuencia, Schopenhauer hace un análisis de los diversos sentimientos nobles (ejemplo: el amor al hijo en la mujer); demuestra que todo ello va contra la felicidad individual. Después, muestra asimismo que lo que llamamos felicidad o placer no es más que el apaciguamiento de un malestar. Si sientes placer cuando comes un filete, es porque antes tenías hambre.

Para Schopenhauer la vida es un malestar continuo y criminal.

¿Cuál es la posibilidad, según Schopenhauer, de salir de este conflicto infernal?

¿El suicidio? No, éste no sirve de nada puesto que al suicidarnos tan sólo confirmamos nuestra voluntad de vivir. Pues si me suicido es porque mi voluntad de vivir no ha sido satisfecha.

La única forma de separarse de la voluntad de vivir es *la renuncia*.

Yo mato en mí mi voluntad de vivir.

Esto es lo que condujo a Schopenhauer hacia la filosofía hindú y oriental, que proclama precisamente la contemplación y la renuncia a la vida.

WITOLD GOMBROWICZ

(Polonia, 1904-1969)

1

La cueva era un lugar asombroso porque adentro había un cadáver. Era el cadáver de una chica de catorce años. Estaba en un cilindro de vidrio metido, a su vez, dentro de otro de cobre, colgado de una barra que cruzaba un pasaje estrecho. El cuerpo estaba conservado en alcohol y decían que los vagos y los rufianes lo levantaban agarrándolo del pelo y miraban su cara muerta. La chica era la hija de un cirujano de St Louis, extraordinariamente hábil y muy célebre. Era un hombre excéntrico, que hizo muchas cosas raras. Metió a la pobre chica ahí adentro.

2

La mayoría de los hechos de la vida son pequeños, sólo parecen grandes cuando estamos cerca de ellos. Con el tiempo se asientan y vemos que ninguno prevalece sobre los otros. Todos están ahí, en una misma altitud, baja y generalizada. Si taquigrafiara cada día, como estamos haciendo ahora, lo que dicto para extraer de ahí una autobiografía, me tomaría de una a dos horas y después me llevaría de dos horas a cuatro registrar el material autobiográfico de un día completo. El resultado sería un texto de cincuenta o cuarenta mil palabras. Sería un volumen. Uno no tiene que pensar que porque le llevó todo el día escribir la autobiografía del lunes, no habrá nada para escribir el miércoles. El miércoles habría tanto para escribir como hubo el martes para escribir sobre el lunes. Eso pasa porque la vida no está hecha principalmente —ni en gran parte— de hechos y acontecimientos. Consiste, más bien, en esa tormenta de ideas que siempre sopla y golpea en nuestra cabeza. ¿Puede uno registrar eso biográficamente? No... No se ha escrito y nunca se escribirá ninguna autobiografía completa. Ni la totalidad de bibliotecas del mundo podría contener el resultado si hubiera empezado a hacer esto en mi juventud.

3

Yo sabía que iban a descontar el 95 por ciento de lo que había contado en mi discurso y eso fue, seguramente, lo que pasó. No me preocupa, estoy habituado a que desacrediten parte de lo que digo. La que empezó con eso fue mi madre, antes de que yo tuviera siete años. Sin embargo, durante toda mi vida, hubo y hay un sustrato de verdad en lo que cuento y entonces lo que cuento tiene lo suyo. Todos los que me conocen saben cómo extraer una joya de lo que cuento, cómo cavar para sacarla a la luz. Mi madre era diestra en esa arte. Cuando yo tenía siete u ocho, o diez o doce años de edad —no más— un vecino le dijo: “¿Alguna vez cree algo de lo que dice este chico?”. Mi madre le dijo: “El es la fuente de la verdad, pero una no puede extraer toda la verdad con un solo balde”. Y agregó: “Conozco su promedio y por eso nunca me engaña. Le descuento el 30 por ciento de adorno a lo que dice y el resto es pura e invaluable verdad”.

MARK TWAIN

(EUA, 1835-1910)

Para leer: Mark Twain, *Autobiografía*, editorial Espasa-Calpe, Madrid, 2004.



DIÁLOGO EN EL INFIERNO



ZENOFANTES.— ¿Cómo fue tu muerte, Calidemides? Ya debes saber que yo fallecí atragantado, por comer más de la cuenta, mientras era parásito de Dinias. Tú fuiste testigo de mi muerte.

CALIDEMIDES.— Sí que lo fui, Zenofantes. El mío fue un caso realmente raro. Seguramente conoces al anciano Pteodoro, ¿verdad?

ZENOFANTES.— ¿Aquél tan rico y sin hijos con el que pasabas todo el tiempo?

CALIDEMIDES.— Precisamente a ese cuidaba yo con gran esmero y dedicación, pues había prometido hacerme heredero suyo. Pero, como la cosa se iba alargando demasiado y el viejo tenía más años que Titono, ideé un plan para poder gozar antes de su herencia: compré veneno y convencí al copero para que, cuando Pteodoro estuviese sediento —suele tomar bastante vino y del bueno—, echase mi fórmula en su copa; aceptó mi propuesta a cambio de su libertad.

ZENOFANTES.— Entonces, ¿qué sucedió? Me da la impresión de que lo que dirás va a sorprenderme.

CALIDEMIDES.— Pues verás: después de tomar un baño, fuimos a la mesa, donde se encontraban ya las dos copas preparadas por el joven copero, una era para Pteodoro, la cual contenía veneno y la otra para mí, pero no sé cómo, se equivocó y me dio a mí la copa con el veneno. Así que, mientras él bebía tranquilamente, yo caía al suelo muerto. ¿Y ahora, por qué te ríes, Zenofantes? Está muy mal burlarse de un amigo.

ZENOFANTES.— Es que tu historia me parece muy divertida, Calidemides. ¿Y cuál fue la reacción del viejo?

CALIDEMIDES.— Al principio se sorprendió al verme caer al suelo. Pero, enseguida se percató de lo ocurrido, y también él rió mucho, pensando en el penoso error del copero.

ZENOFANTES.— Fue muy arriesgado coger ese atajo. Por el camino normal, habrías llegado a gozar de su herencia, de forma más lenta pero segura.

LUCIANO DE SAMOSATA

(Siria, 125-181)

Para leer: Luciano de Samosata, *Diálogos cínicos*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DR. ENRIQUE AGÜERA IBAÑEZ
Rector

DR. JOSÉ RAMÓN EGUIBAR CUENCA
Secretario General

DR. JORGE DAVID CORTÉS MORENO
Director de Comunicación Institucional

LEER EN BICICLETA

Director: Hugo Diego.

Diseño: Armando Hatzacorsian.

Jefe de redacción: Elizabeth Flores.

Administración y distribución: Dirección de Comunicación Institucional.

Concepto: El taller de la bicicleta.

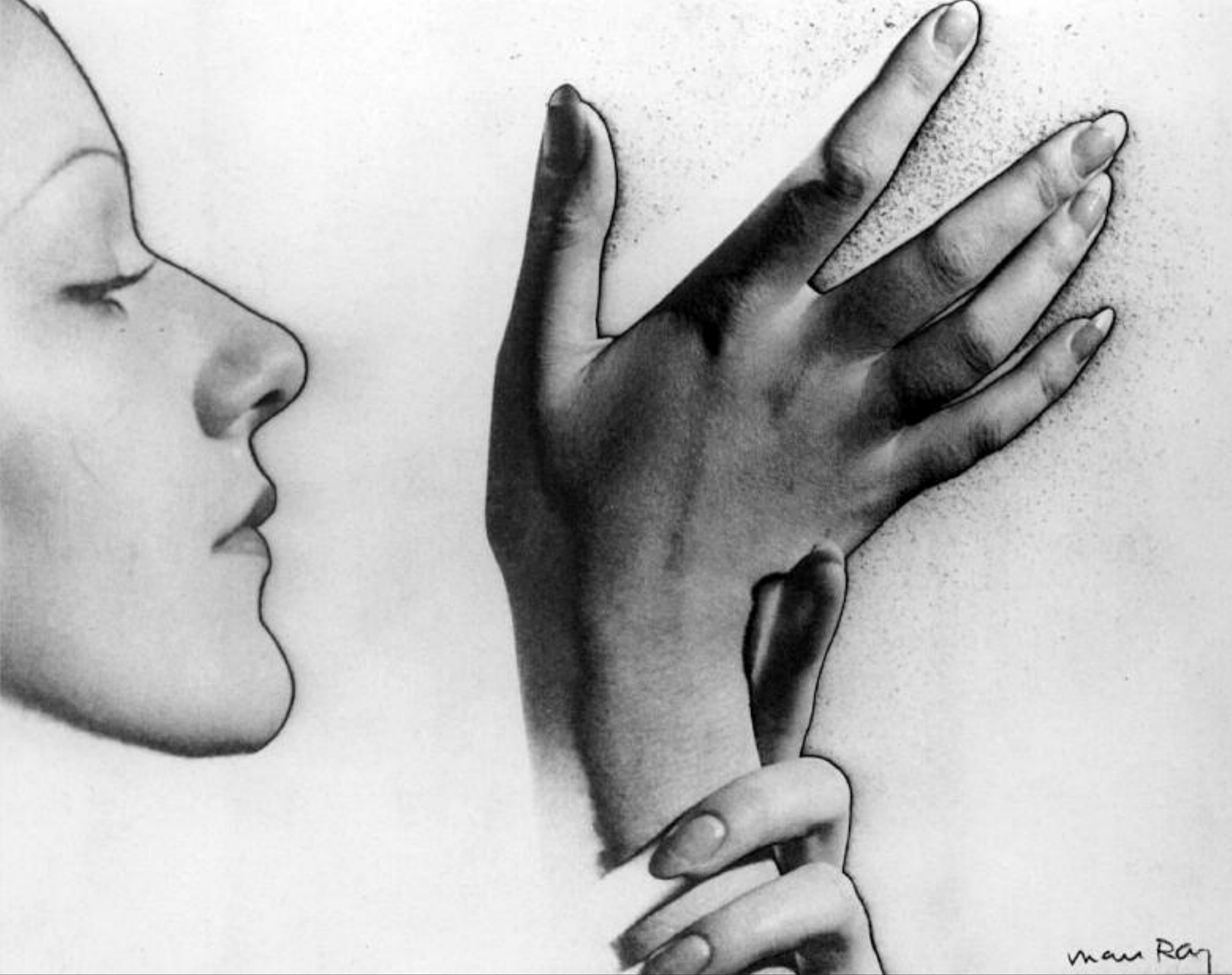
Dirección: 4 sur 303, Centro Histórico, Puebla, C.P. 72000.

Tel: (01222) 295500 ext. 5270 y 5281

Correo electrónico: leerenbicicleta@msn.com

Cuidado de edición e impresión: Educación y Cultura. Asesoría y Promoción, S. C. Campeche 351-101, Col. Hipódromo Del. Cuauhtémoc, C. P. 06100 México, D. F.

Registro en trámite.
Los títulos son responsabilidad de la redacción.
Circulación gratuita.



**Tu mano pesa en la mía
como un tibio copo leve.
Leve amor, copo de nieve,
nevada lumbre del día.
El amor ciego se fía
a lo azul que le resbala
inflamado sobre el ala.
Y el libre sol vivo auspicia
esta lúcida caricia
que tu mano me regala.**

TOMÁS SEGOVIA

(España, 1927-)

Tomado de: Tomás Segovia, *Poesía (1943-1997)*, FCE, México, 2000.